

10º Paso. La alegría de la Parusía.

«Exclamó Jesús: “Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla”».

Ismael era un joven sencillo que sólo quería cumplir la voluntad de Dios porque quería gozar de El en el Cielo, y quería llevarse con él al cielo a su madre, a su padre, a sus hermanos, a sus amigos y paisanos y ofreció su vida a Dios por todos ellos y por la paz en España y en el mundo. Un mundo en guerra.

Porque la vida de Ismael de Tomelloso (1917-1938) transcurre entre las dos guerras mundiales y la guerra civil española, en la que intervino activamente. Una de las guerras más crueles que ha habido. Fue testigo directo de los asesinatos, el incendio de iglesias, conventos, libros e imágenes sagradas, y de los ataques perpetrados contra la religión, los sacerdotes, los religiosos, sus compañeros de Acción Católica y contra todas las personas por el hecho de ser católicas.

Quería que acabaran tantos horrores, y que se restableciera el reino de Dios en el mundo, pero no sabía cómo conseguirlo.

A través de algunos pensamientos y de las pocas palabras que pronunció abre su corazón:

«Quiero ser bueno, pero no sé cómo; quiero ser muy bueno, pero no sé cómo hay que serlo», o:

«Como no se hablar y tengo poca inteligencia, no sé decir a nadie cosas buenas y de religión; por eso quiero dar ejemplo de vida».

Quería ser sacerdote para estar más libre y mejor dispuesto, y dice a don José Ballesteros que le gustaría ir al seminario,

«aunque sea de portero, porque eso de los libros tiene que ser para mí muy difícil, pues creo que para los libros soy muy tonto», o:

«¡Qué envidia te tengo, pues los seminaristas sabéis mucho mejor que nosotros lo que hay que hacer para ser buenos..., y lo podéis ser tan fácilmente aquí!» y:

«Oye, curilla, a ver si me escribes ¿eh?, porque a lo mejor me meto a cura luego, ¿sabes?».

Confesó al Capellán del Campo de Concentración, cuando estaba próximo a la muerte:

«¡... y si no muero... quiero ser sacerdote!».

Tenía ansias de paz y de servir a Dios, como había dicho: **«servirle de balde», «servirle en el anónimo».**

Y recibió del Señor el sacerdocio común, el de todos los bautizados: fue sacerdote (sacer=sagrado, dotis=dar; dar lo sagrado, lo que tiene valor y excelencia), porque consagró su vida entera a Dios en silencio hasta el fin.

Encontró, por fin, en el silencio y en la esperanza la fuerza necesaria, y conformó su vida, sus pensamientos y sus deseos a la voluntad de Dios: sería templo de Dios allí donde Él lo enviara.

Esta fue, sin querer, la lección que nos ha dejado: escuchar a Dios y no hablarle, para encontrar la paz de Cristo, para que llegara el reino de Dios.

Creyó en la palabra de Jesucristo: **«Cuando vaya y os prepare un sitio volveré y os llevaré conmigo... No os dejaré desamparados, volveré y se alegrará vuestro corazón... Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y en él haremos morada».**

Comprendió que el pecado existe, es el mal y, por ello, la redención no se había completado aún, se realiza en presente, se está haciendo ahora mismo, y estamos aquí para preparar la llegada definitiva de Jesucristo, según se nos ha revelado y anunciado en los libros sagrados del Antiguo Testamento y se ha cumplido en el Nuevo por el mismo Jesucristo.

Celebró Ismael, como hacemos cada año, las dos Pascuas o Pasos del Señor en la tierra: la Navidad y la Resurrección. Ambos vienen precedidos de tiempo de preparación y de conversión, el Adviento y la Cuaresma, para recordarnos que estamos de paso y que durante nuestro paso por la tierra hemos de preparar la segunda y definitiva venida de Jesucristo, con un largo Adviento y una intensa Cuaresma.

Vivió el Adviento y la Cuaresma con la seguridad plena de que si el Señor había cumplido su palabra, no le cabía duda alguna de que la cumpliría de nuevo con la segunda venida gloriosa de Jesucristo.

El Apocalipsis de San Juan termina así: *«Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven ... Sí. Ven, Señor Jesús»*.

El Espíritu Santo es el que anima el corazón de la Esposa, la iglesia militante, y la hace suspirar por la venida del Esposo: *«Ven, Señor Jesús»*.

En estas tres palabras se fundamentaba la vida y la fuerza de Ismael.

Los Hechos de los Apóstoles en el mismo instante de la Ascensión de Jesús a los cielos dicen que: *«Se les presentaron dos hombres vestidos de blanco que les dijeron: “¿Qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que os ha dejado para subir al cielo volverá como le habéis visto marcharse»*.

Esta es la alegría del Espíritu y de la *Parusía*: la presencia del Espíritu Santo para ayudarnos a preparar la venida gloriosa de Jesucristo que traerá, por fin, la paz, la concordia y el restablecimiento del reino de Dios en el mundo, como quería Ismael. Por eso vivió con alegría.

ORACIÓN: Para que el Señor conceda su paz a todas las personas y a todos los pueblos por intercesión del Siervo de Dios, Ismael de Tomelloso, y nos enseñe a preparar con el Espíritu Santo la segunda y definitiva venida gloriosa de Jesucristo.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.